Históricas Digital

María Cristina González Ortiz

“Juan Antonio Ortega y Medina”

p. 77-90

Nostris magistris hispanis ex exsilio provenientibus
Homenaje a 70 años de la Guerra Civil Española

Alicia Mayer (coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

110 p.

(Serie Divulgación 8)

Figuras

ISBN 978-970-32-4996-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nostris_magistris.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

Juan Antonio Ortega y Medina
1913-1992

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html

JUAN ANTONIO ORTEGA Y MEDINA

María Cristina González Ortiz
Acatlán, Facultad de Estudios Superiores, UNAM

Deseo expresar mi agradecimiento al Instituto de Investigaciones Históricas y a su directora, Alicia Mayer, por la invitación a participar en este acto para recordar a nuestros maestros del exilio español. Estos homenajes nos resultan siempre de provecho por traer a la memoria las enseñanzas de nuestros más admirados mentores. Así, me complace mucho tener la oportunidad de compartir con ustedes las remembranzas de Juan Antonio Ortega y Medina, querido maestro a quien conocí en 1962.

Hoy, 4 de julio, se cumplen catorce años de que don Juan falleciera, tras permanecer diecisiete años como investigador distinguido en este Instituto y, en total, cuarenta en nuestra Universidad, pues se incorporó a su cuerpo docente en 1952. Ese 4 de julio ya estaba muy enfermo, pero alcanzó a vestirse para asistir al examen de maestría de Alicia Mayer. Don Juan tenía una especial predilección por Alicia. Ella fue la hija o, más bien, la nieta que nunca tuvo y a la que tomó bajo su tutela desde que la conoció al ingresar ella al primer año de la carrera de Historia en 1984. Sin embargo, ya no pudo llegar al examen. Éste transcurrió en un ambiente apesadumbrado por la ausencia de quien iba a ser presidente del jurado.

En ese año de 1992, se celebraba el quinto centenario del descubrimiento de América y el maestro Ortega, que se había adelantado a esta conmemoración al publicar un interesante libro, *La idea colombina del descubrimiento desde México (1836-1986)*,[1] ya no pudo viajar a España como lo había planeado con entusiasmo. En don

[1] Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina del descubrimiento desde México (1836-1986)*, México, UNAM, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1987, 198 p. (Nuestra América, 21).

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Juan, el recuerdo de los grandes años de la España del siglo XVI se emparejaba con el de la derrota que ésta había sufrido en 1898 a manos de los Estados Unidos, que celebraban su independencia el día de su muerte. Traigo esto a colación porque fue precisamente en este ámbito temporal, que abarca del inicio al ocaso del imperio español, y en el terrenal de España, México, Inglaterra y Estados Unidos, que se ubicaron los trabajos historiográficos más importantes de Ortega.

Ortega y Medina, el último de los españoles transterrados que ingresó a este Instituto de Investigaciones Históricas, nació en la mediterránea ciudad de Málaga en 1913. Su padre era militar de carrera: había peleado contra los norteamericanos en 1898 y conocía las causas de la derrota española, experiencia que explica las ideas republicanas y liberales que inculcó en sus hijos. Juan era el menor de éstos, quedó huérfano de madre a la edad de 6 años y creció bajo el cuidado de dos hermanas mayores y un hermano, Felipe, que desde los 15 años dejó el hogar para seguir la misma carrera de las armas que su padre. Juan, que se había nutrido desde los años de su temprana juventud con las ideas de los pensadores del 98 y los que le siguieron, hasta Ortega y Gasset, pasando por la fuerte influencia del krausismo, escogió la carrera del magisterio. Tras ejercerla por poco tiempo se trasladó a Madrid para estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, hoy Complutense. Entre las escasas pertenencias que años después su familia pudo enviarle a México, estaban los apuntes de un año de clases, entre ellos, los de su mentor más admirado, el krausista Fernando de los Ríos. En el verano de 1936, hace 70 años, volvió a Málaga de vacaciones, pero el descanso fue breve porque la guerra se inició y él se alistó en el ejército. No era la primera vez que se enfrentaba a la violencia. Había presenciado en el año 31 la quema de templos en Málaga tras el establecimiento de la República. Para contrarrestar el fanatismo anticlerical formó parte de las Brigadas Salvadoras del Tesoro de Málaga, a la vez que estaba ya en contacto con grupos socialistas. Pero ahora, en 1936, su hermano Felipe le recomendó, en la última ocasión en que se encontraron, se fuera a la Escuela de Guerra de Lorca, en Murcia. De ésta egresó en seis meses como teniente del arma de artillería y lo enviaron a pelear a

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Cataluña, uno de los escenarios más sangrientos de la guerra. Ahí se enteró de que Málaga, que se había mantenido fiel a la República, había caído en manos de los nacionalistas. Ahí también fue herido dos veces en combate. En la primera, de gravedad, perdió el ojo y el oído derechos, falta que siempre disimuló muy bien, y logró recuperarse en un hospital de Barcelona. Regresó al frente al inicio de la campaña del Ebro. Dada la difícil situación, las severas órdenes del ejército republicano condenaban a muerte al que retrocediera. En enero del 39 la columna del teniente Ortega sufrió un ataque de la aviación nacionalista del que pocos sobrevivieron. Herido en un brazo y con perdigones por todo el cuerpo, Ortega avanzó hacia el mar para alcanzar la frontera con Francia. Formó parte de los afortunados 220 000 republicanos que cruzaron la frontera entre el 5 y el 10 de febrero de 1939; los nacionalistas alcanzaron a hacer prisioneros a unos 60 000. Ortega abandonó España con la pena de dejar atrás a su padre y sus hermanas; a su hermano ya lo habían fusilado los nacionalistas. Hasta el invierno de 1956 pudo ver de nuevo a su padre, ahora sí por última vez, en Portugal.

Tras la experiencia de la guerra Ortega bien pudo decir como su compatriota Ramón Iglesia, quien fuera uno de sus pocos amigos, aunque por corto tiempo, aquí en México:

> Pero la guerra estalló y me aprisionó, y de este modo adquirí una experiencia viva y directa de los problemas militares, una experiencia que todos los libros de historia del mundo no me hubieran dado. Vi de primera mano lo que es la guerra, una piedra de toque para todos los valores humanos, a causa de que en la guerra estamos siempre bajo la opresión de la muerte, la cual en tiempos normales está fuera de visión. Vi la parte jugada por los comandantes que sabían cómo mandar, y la parte representada por los soldados, que sabían cómo obedecer y morir. Y vi también la profunda necesidad de establecer la jerarquía y la disciplina en un ejército, algo que habíamos olvidado o acaso habíamos desdeñado en nuestra civilizada, liberal e individualizada sociedad. Y esto fue lo que hizo renovar mi concepción total de cierto número de problemas históricos…[2]

[2] Ramón Iglesia, "Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo", *Filosofía y Letras* (1), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1941, p. 128.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Ortega y Medina recorrió varios campos de concentración franceses, pero mantuvo el contacto con su familia que pudo enviarle, entre otras cosas, un texto para aprender alemán y con ello aliviar un poco su afligido espíritu. Cuando llegó, en julio de 1940, a Coatzacoalcos, "un casi impronunciable locativo náhuatl",[3] a las lenguas aprendidas en España, latín, francés, algo de griego y de inglés, había añadido el alemán, y no imaginaba lo útiles que le serían. Y aunque lo mandaron a trabajar al campo en Chiapas, el alemán recién aprendido y su conocimiento de la cultura germana lo pusieron en contacto con algunos miembros de la colonia alemana de Tapachula. Uno de ellos, Juan Hintze, al darse cuenta de su talento, lo envió a la ciudad de México a estudiar. Fue así como Juan Antonio Ortega y Medina llegó a la Escuela Nacional de Maestros en febrero de 1941 para después pasar a la Facultad de Filosofía y Letras en Mascarones. Estudió historia para enriquecer su ya amplio conocimiento de la historia de España y de Europa y comprender mejor al país que lo había recibido. No quiero dejar de mencionar a algunos de sus profesores, en ambos centros, tanto mexicanos como españoles, porque él siempre los honró: Miguel Othón de Mendizábal, Jorge Vivó, Ermilo Abreu Gómez, José Mancisidor, Mario Souza, José Gaos, Joaquín Xirau, Pedro Bosch-Gimpera, García Bacca, Justino Fernández, Arturo Arnáiz y Freg y, sobre todo, su mentor más cercano y admirado de quien también, sabiamente, supo mantenerse a distancia: don Edmundo O'Gorman.

En el año de 1952, doce años después de haber llegado a México, obtuvo, con diferencia de unos cuantos meses, los grados de maestro y doctor en Historia e ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras como profesor de tiempo completo. Tenía entonces casi cuarenta años y sólo su buena constitución y salud le habían permitido sobrevivir a una guerra y a los años de pobreza y trabajo arduo que la siguieron. Vendió medicinas, dio clases a niños de segundo de primaria en el colegio Luis Vives; también fue profesor de la secundaria Moisés Sáenz de la SEP hasta 1954; hizo traducciones, y, sobre

[3] Ortega y Medina, "Espíritu y vida en claro", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* (Homenaje a Juan A. Ortega y Medina), México, UNAM, n. 36, septiembre-diciembre, 1992, p. 6.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

todo, estudió mucho, recetándose a diario, como después recomendaba a sus alumnos, el "jarabe de codos": sentarse frente a un libro, poner los codos en la mesa y leer hasta el cansancio.

A la guerra había seguido el no menos doloroso exilio. Como todos los españoles republicanos, mantuvo en los primeros años la esperanza de volver a la patria. El maestro Ortega dejó de pensar en el regreso poco después de convertirse en profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, mas no por ello. En 1953 el gobierno de los Estados Unidos anunció su decisión, aceptada por el general Franco, de establecer bases militares en España. Sería un exiliado para siempre, el exiliado al que otro exiliado, Adolfo Sánchez Vázquez, definió así:

> El exilio es un desgarrón que no acaba de desgarrarse, una herida que no cicatriza, una puerta que parece abrirse y que nunca se abre. [El exiliado] vive siempre escindido de los suyos, de su tierra, de su pasado [… Vive] una contradicción permanente entre una aspiración a volver y la imposibilidad de realizarla […] Siempre en vilo, sin tocar tierra, se queda aterrado (en su sentido originario: sin tierra […]; el exiliado descubre con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo en que objetivamente ha terminado su exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente, y que tanto si vuelve como si no vuelve, jamás dejará de ser un exiliado.[4]

En cierta ocasión don Juan me platicó cómo se habían definido los temas que historió. Había considerado que por ser español buena parte de la historia de México le estaba vedada. Para empezar, la del México antiguo pero, sobre todo, la que más le atraía, la del México colonial. Además, por ser un exiliado político, más le valía no expresar sus opiniones acerca del México revolucionario y contemporáneo. Así, el estudio de la historiografía mexicana del siglo XIX le había parecido el menos comprometido. Pero no me estaba diciendo toda la verdad, pues sus temas los había decidido teniendo en mente la reivindicación de su patria ante los mexicanos.

En las tesis de maestría y doctorado de Ortega y Medina se encuentran los temas fundamentales de su investigación, así como la perspectiva historicista, la muy comprensiva, con que los inter-

[4] Adolfo Sánchez Vázquez, *Del exilio en México*, México, Grijalbo, 1991, p. 34, 35 y 37.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

pretaría. Pero estos campos comenzaron a definirse desde su paso por la Escuela Normal Superior. En esos años posteriores a la Revolución se vivió en México un sentimiento indigenista exacerbado, que el propio Ortega sufrió y que lo hizo optar, si no por la defensa directa de la conquista española, sí por dar un rodeo por el estudio de los siglos XVI y XVII españoles, a la vez que ir a las fuentes de la muy llevada y traída "leyenda negra" y desenmascarar a sus autores, los ingleses, principalmente los calvinistas conocidos en Inglaterra como puritanos, mismos que habían abrevado en la obra de fray Bartolomé de las Casas. De la lucha entre España e Inglaterra derivaría Ortega la ecuación: lo que Inglaterra fue para España, Estados Unidos lo fue para México. Por ello estudió la rivalidad anglo-hispánica por el dominio del Atlántico y su continuación en el expansionismo norteamericano sobre las tierras de México justificado en una doctrina de raíces puritanas, el "Destino Manifiesto". Finalmente, clavó la estocada con su estudio de la evangelización puritana en las colonias inglesas. Obra de consumo interno para los mexicanos y respuesta fulminante a los indigenistas, en ella explicaba cómo habían tratado los ingleses a los indios a diferencia del trato que les dieron, no los españoles, porque hubiera sido muy obvia su empresa apologética, sino los misioneros católicos franceses.

Ortega dio sus primeros pasos en el desarrollo de estos temas al abrir un campo que no había sido explorado en México y del que sería pionero, precisamente por su propia condición: el estudio de los escritos de los viajeros que visitaron la Nueva España y después México en el siglo XIX. Cuando el joven español Ortega y Medina llegó a México a los 28 años, cargado con todo su bagaje cultural europeo, reconoció en los mexicanos rasgos de su propia cultura, a la vez que distinguió lo que nos era propio y a él ajeno. Por eso escribió:

> el extraño viene precisamente a poner de manifiesto, consciente o inconscientemente, su extrañeza, la que él mismo experimenta ante el nuevo cosmorama que se presenta ante su vista, viene también a poner de manifiesto virtudes y vicios, perfecciones y defectos, viene por consiguiente a descubrirnos perfiles internos y honduras psicológicas e históricas entrañables en las que no se había reparado por lo mismo

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

> que constituyen el modo habitual y familiar de ser y de comportamiento individual y nacional: el aire familiar colectivo.[5]

En Ortega la extrañeza no fue tan grande como la sorpresa de lo familiar; reconoció rasgos propios en nuestro mundo mestizo, al que contempló con simpatía por lo mismo que le era conocido. Y como también tenía conciencia de lo que condicionaba las apreciaciones de un viajero pudo comprender las observaciones de quienes nos visitaron. Pero no sólo las comprendió, sino que le sirvieron para construir sus tesis sobre los efectos en México del "Destino Manifiesto".

El estudio de los viajeros ingleses llevó a don Juan al de los alemanes y franceses y, sobre todo, a estimular estos estudios entre sus discípulos con resultados notables. Por primera vez los mexicanos nos enfrentamos a la imagen que los de fuera habían tenido de nosotros. En el mismo sentido, aprovechó su conocimiento de la historia europea para darle una perspectiva más amplia a la nuestra. Por ello insistió en que aprovecháramos ese conocimiento en beneficio de una conciencia más certera de la interpretación y rumbo de nuestros acontecimientos. De ahí que las clases en las que formó a más alumnos fueron las de historiografía. Clases que complementó, en el caso de la historiografía de México, con estudios eruditos como los que hizo de la obra de Clavijero o la de Bustamante. Álvaro Matute, en quien don Juan inculcó la pasión por los estudios historiográficos, ha dicho que Ortega pudo haber sido el Eduard Fueter de la historiografía mexicana. No lo fue porque, aunque la conoció y la enseñó como pocos, sólo escribió sobre aquellos historiadores que aportaron ideas respecto al significado o a la enseñanza de la historia, o cuyas reflexiones sobre el pasado mexicano encontraban resonancia en su propio pensamiento. Fue así, amén de un historiador original, un activísimo divulgador de los trabajos de otros autores, algunos sólo conocidos gracias a su empeño. Además, la visión que dejó de dichos autores no es sólo la suya propia, sino enriquecida desde la perspectiva de los diversos significados que, a lo largo del

[5] Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, México, Porrúa y Obregón, 1953, v. I, p. 9 y 10.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

tiempo se les dio, haciendo así patente su historicidad. Ante el espectáculo de esos años, en que abundaron las discusiones acerca de la escritura y la interpretación de la historia, exploró el estudio de la enseñanza de ésta en México en épocas anteriores. El fruto fue uno de sus libros más leídos, titulado precisamente *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*.[6] Antes de morir inició un proyecto que no vio concluido pero del cual ya se han publicado cuatro volúmenes en el Instituto de Investigaciones Históricas, sobre la historiografía mexicana. En suma, sólo quiero recordar que, entre libros, artículos, traducciones y reseñas, Ortega llevó a la imprenta 200 publicaciones.

Es justo también recordar otra contribución muy importante de don Juan, la de editor. A lo largo de casi veinte años, de 1961 a 1979, se encargó de la publicación de los diez primeros números del *Anuario de Historia* de la Facultad de Filosofía y Letras. En esta revista dio a conocer trabajos de investigación de gran calidad a la vez que, a través de múltiples reseñas, las obras de más reciente publicación en México y en el extranjero. También publicó, con Josefina Vázquez, su alumna y colega, algunos números de la revista *Anglia* a principios de los años setenta. Tras su muerte, hasta donde sé, sólo apareció un número más del *Anuario*. Nadie pudo ya con la tarea de recopilar el material, leerlo, corregirlo y pasarse las horas leyendo galeras.

Si don Juan sigue siendo recordado a través de sus escritos, no lo es menos por sus alumnos. Fueron pocos aquellos de la carrera de Historia que no asistieron cuando menos a uno de sus cursos y, de no ser así, tampoco pudo dejar de resultarles familiar la figura alta de rostro adusto, siempre erguida como buen andaluz y teniente de artillería que había sido, impecablemente vestida, que por los concurridos pasillos de la Facultad se dirigía al salón de clases en donde no sólo halagaba a sus alumnos con su sonrisa amable y su acento malagueño sino más aún con sus eruditas exposiciones intercaladas con citas literarias, amén de las exigencias de su mente creativa de las que Josefina Vázquez recuerda:

[6] Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970, 476 p. Hay una segunda edición de 1992 que incluye dos apartados más.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

> Análisis detallados que aún no sabíamos que lo eran, comparaciones y analogías que nos transportaban a través de los tiempos. Todo enmascarado en un uso impecable del idioma, el manejo sutil de la ironía y la presencia de un fino sentido del humor que nos permitía sonreír y gozar de una clase en medio del rigor con que los diferentes temas se manejaban.[7]

A diferencia del profesor que se limita a transmitir conocimientos específicos por innovadores y útiles que puedan ser, don Juan tuvo la virtud de calar la hondura de la auténtica labor educativa, misma de la que, por haberla ejercido tan cabalmente, pudo decir casi hablando de sí mismo:

> los buenos educadores, sencillos y probos, que constituyen la mayoría del profesorado universitario que, calladamente, con tesonera insistencia y con sólida formación profesional contribuyen con todo éxito al cumplimiento riguroso del supremo objetivo universitario que es, fundamentalmente, como parte de nuestra herencia occidental de raíz griega, *la educación del hombre de acuerdo con la verdadera forma humana, con su auténtico ser*. He aquí pues el cometido excelso que tiene ante sí el maestro universitario, fraguar hombres, y ante esta noble y delicada tarea de determinar la esencia humana, el humanismo, como principio espiritual, todas las penurias pasadas y presentes, todas las aspiraciones irrealizadas significan bien poco, puesto que la vocación pedagógica es la joya espiritual más preciada entre los que son auténticos maestros.[8]

Entre las asignaturas que impartió recordaré unas pocas: las historias de la Historiografía, Historia de América, Reforma y Contrarreforma, Imperio Español, siglos XVI y XVII, Evangelización Puritana en Nueva Inglaterra, Introducción al Estudio de la Historia y Didáctica de la Historia. Además, dirigió infinidad de tesis y participó en exámenes profesionales en los que se caracterizó por sus agudas preguntas a la vez que por el trato comprensivo y respetuoso hacia los examinados.

[7] Josefina Vázquez, "*In Memoriam*. Homenaje a Juan A. Ortega y Medina", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, n. 36, septiembre-diciembre, 1992, p. 29.

[8] Ortega y Medina, "El ejercicio de la cátedra", *El Búho*, sección cultural de *Excélsior*, n. 26286, 4 de junio de 1989. Subrayado en el original. Reproducción del discurso que pronunció en el homenaje a los maestros de la UNAM ante el rector José Sarukhán, el 15 de mayo de 1989.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

A sabiendas de que omitiré a la mayoría por desconocimiento, no quiero dejar de recordar a algunos de sus alumnos más cercanos: Álvaro Matute, Josefina Vázquez, Rosa Camelo, Eugenia Meyer, Tarsicio García, Margarita Martínez Leal, Andrea Sánchez, Antonia Pi-Suñer, Sonia Corcuera, Margarita y Gabriela Bosque, Miguel Soto, Begoña Arteta y, por supuesto, la ya mencionada Alicia Mayer.

Don Juan se casó dos veces, primero con una compañera de la Normal, Alicia Monjarás, con quien estuvo casado 35 años, de 1942 a 1977, un año después de que él ingresara a la Academia Mexicana de la Historia y dos años después de que se convirtiera en investigador del Instituto de Investigaciones Históricas. A ella le tocaron los años de las vacas flacas. De acuerdo con los principios socialistas de su marido, vivieron de manera sencilla y con pocos amigos, porque sólo había tiempo para el trabajo, primero en un departamento en Antonio Caso, porque así Ortega no gastaba en camiones y se iba a pie al Vives y a la Normal; se cambiaron después a un departamento en la colonia Roma y, finalmente, a otro en la Villa Olímpica. Éste lo conocí después de que enviudó cuando le llevaba los capítulos de mi tesis de maestría y, tras leérselos en voz alta, me pedía que le cosiera a sus camisas los botones que les faltaban. Poco después se casó con María Teresa Bosque, hermana de las Bosque, sus alumnas. Éstos fueron para don Juan los años de las vacas gordas. Nuestro exiliado andaluz cosechó por fin lo que había sembrado y llevó no sólo una vida regalada, acompañado de la inmensa familia de Tere y de amigos queridos como Elisa y Carlos Bosch, sino que sus méritos fueron reconocidos. En 1984, Josefina MacGregor, coordinadora entonces de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, organizó un ciclo de conferencias para celebrar los treinta años de docencia de don Juan. Ese mismo año, cuando se creó el Sistema Nacional de Investigadores, ingresó merecidamente con el más alto nivel. En 1987 se le nombró investigador emérito de Históricas y tres años después fue galardonado con el premio Universidad Nacional 1990 en Docencia en Humanidades a la vez que la Rectoría le otorgó la Medalla de Reconocimiento al Exilio Español. Finalmente, en 1991, recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Historia, Ciencias Sociales y Filosofía que otorga el gobierno de México.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Un tema que aparece con frecuencia en la obra de Ortega es el de la Iglesia católica, a la que respeta como institución espiritual por la devoción que sentía por los principios cristianos, a la vez que la critica acerbamente como institución temporal. No es el momento de entrar en detalles con respecto al tratamiento que da a este tema vital, como tampoco lo hice con sus entrañables ideas socialistas ni con su repulsa al comunismo y, de paso, al materialismo histórico. Sólo quiero decir que antes de morir fue confortado con los auxilios de un sacerdote cumpliendo así con el conocido ciclo vital del caballero español que combate a la Iglesia para volver al final de sus días al seno de ésta.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nogistris_magistris.html